

ALTO ABISMO

Gregory Benford

No había sabor más dulce que el de la batalla ganada, reflexionó Lambda.

Abajo, las tropas se arremolinaban y bramaban, con los cuerpos fornidos atravesados de lado a lado por halos de celebración: gotas color oro quemado, azules penetrantes y calientes. Habían matado legiones de Doctrinarios en una aterradora masacre.

Ahora defendían su posición en las sierras formando filas compactas, un muro viviente que le hacía frente al pasado moribundo. El triste velo de la historia ya estaba cerrándose sobre los Doctrinarios, pensó Lambda, mientras los observaba emprender la retirada, desbaratadas sus filas, por la llanura colmada de cicatrices. Pero el Mundo Madre seguía funcionando, indiferente a las iras mezquinas que surgieran en su superficie. La irradiación penetró en los extendidos pies disco de Lambda. Durante un pacífico momento, se relajó, desparramando las mullidas plantas para absorber nuevas energías de la Madre. Lambda había agotado gran parte de sus reservas eléctricas y necesitaba reaprovisionarse. Con un hormiguelo, las voluptuosas oleadas ascendieron por sus piernas huesudas.

—¡Victoria! —se escuchó gritar abajo—. ¡Verdad!

Lambda se regodeaba en el momento, pero, como siempre, lo que captaba su atención era la grandiosidad natural del Mundo. Después de todo, en el fondo seguía siendo un científico. Al pie de las montañas de es

coria, los glaciares avanzaban. Se deslizaban destellando, como grandes barcos cuyas proas partían en dos la granulosa llanura anaranjada. Sus grietas escupían Aqua Vita a borbotones, riachuelos rojos que la emprendían contra las paredes de cristal.

Derretirse era un éxtasis. Comer era todo. Lambda sintió una extraña emoción al contemplar eso: el pausado e imponente avance del Mundo, mientras los ejércitos, como una mancha que se iba extendiendo, caminaban lentamente por sus promontorios y llanuras.

Enfermedad del entendimiento.

—¡Oh Profeta! —Lambda se puso en cuatro patas y observó que se acercaba el subcomandante. Detrás de él marchaba la guardia completa y, bajo su brusca custodia, un prisionero que avanzaba a los tropezones.

—Bien hecho —dijo Lambda—. Ningún Doctrinario osará volver a arrojarse sobre nuestras filas.

—¡A ti todo el homenaje! —ex

clamó el comandante.

—Dices demasiado —respondió Lambda, imprimiendo al saludo formal el apropiado toque de santidad.

—¡Tu estrategia funcionó gloriosamente!

—No, tu estrategia.

—Profeta, tú nos señalaste que al tomar el control de estas elevaciones obligaríamos a los Doctrinarios a atacar Transversalmente.

—Era una cuestión obvia.

—Organizaste nuestras columnas con gracia magistral.

Lambda se cansó del formal intercambio de halagos. Ciertos modales de los militares eran más abrumadores que los combates.

—Una vez que este pico volcánico hizo erupción y vimos la manera de llevar a cabo nuestro experimento aquí, el resto se desarrolló con naturalidad.

—¡Lucharon tanto contra los vientos inerciales de la Transversal! Deberías haber visto cómo trataban de pelear con antorchas y chispas por igual, mientras nadaban como átomos indefensos!

Desganado, Lambda entrechocó dos patas: el gesto ritual de asentimiento. Había sido testigo, por cierto, de las legiones de Doctrinarios lanzadas a combatir contra la curvatura del Mundo, que soplabá sobre ellos como un amargo ventarrón. Lambda se había asqueado con la masacre, aun cuando el resultado de las afiebradas escaramuzas, lacerantes y azules de sangre, se inclinaba a su favor. La demostración de un teorema, pero sin placer.

El Movimiento Recto se extendía a lo largo del eje natural del Mundo, por supuesto, y Recto se seguía extendiendo hasta el infinito... como lo habían demostrado las expediciones, con sus desgarradoras marchas épicas por el eje, en una y otra dirección. Moverse por la Transversal implicaba pagar el precio de una pesada faena y, en toda la historia, eran muy pocos los que habían invertido esfuerzos en tales labores. Hacía muy poco que los científicos y aventureros habían demostrado la verdadera naturaleza de la Madre. El Mundo se podía circunnavegar por su eje Transversal únicamente si se ejercía una fuerza ininterrumpida en sentido Transversal.

Esas dos verdades básicas, la del Movimiento Recto y el Transversal, le habían proporcionado a Lambda el gran indicio. Y, por supuesto, lo habían hecho víctima del sarcasmo y el escarnio, y luego de las persecuciones, inclusive en los callados pasillos del Collegium. Después, largos períodos de estudio y experimentación, de concentración intensa en asuntos que trastornaban a la mayoría de las mentes y que ofendían a las demás. Más tarde, la expulsión del Collegium, refriegas, e incluso golpizas en los discursos públicos.

Seguidos por una época larga y dolorosa en la que Lambda había tenido que vivir y trabajar en secreto, reuniendo adherentes. Para que aceptaran las ideas que ahora se propagaban aceleradamente, Lambda había tenido que adoptar el manto del Profeta. Reunir a sus seguidores, formar ejércitos, aprender las artes de la astucia.

Todo por la revelación. Su especie había vivido mucho tiempo en una miasma oscurantista, abrazándose a la calidez y a la chispeante riqueza de la Madre sin pensar en la ampliación de la mente, en los alcances del intelecto...

—¡También tenemos una presa! —dijo el co-comandante, interrumpiendo las reflexiones submentales de Lambda.

—Llévenselo... —Lambda agitó dos brazos, el gesto ritual para indicar que se retiraran, pero entonces vio quién era el que se tambaleaba entre las hileras de guardias.

—¡Épsilon!

El co-comandante, con expresión radiante, hizo trotar a la presa hacia adelante, acicateándola con un cruel estilete.

—Capturamos a Épsilon en el campamento de altos oficiales Doctrinarios. Tuvo miedo de correr, según mi parecer.

—Los insultos no le sientan bien al victorioso. —La voz de Épsilon tenía un dejo sardónico, pero flotaba ligera en el aire exuberante.

—Es cierto.—Lambda avanzó a paso largo para enfrentar al viejo adversario—¿Y nosotros te insultamos al perdonarte la vida, quizás? Por fin salen verdades de

tu boca. Soportar tu compañía es

realmente una tortura.

El co-comandante estiró una lanza y se la clavó a Épsilon, pinchándole la caparazón. —¡Insecto! Pagarás el precio de tus palabras.

Lambda apartó la lanza de un manotazo.

—¡Nada de venganzas! Confundes batalla con palabras, co-comandante. No es una invitación a lo físico, al grosero roce del filo y la punta. El viejo Épsilon está a favor de las estocadas verbales.

—Acotación: estaría a favor de las lanzas si sirvieran para demostrar mejor lo que quiero decir —concedió Épsilon con sobriedad.

—Y hoy no lo has demostrado. Tus legiones huyen.

—Ustedes nos superaron en el reino de lo concreto y sólo por el momento. El futuro hará que vuestras herejías se vuelvan sobre sí mismas, perforándolos como no pudieron hacerlo nuestras lanzas.

Lambda se permitió un ladrido de risa.

—Ustedes, los Doctrinarios, nunca pueden digerir la verdad, ¿eh? Perdieron porque están equivocados.

—Lo acertado no tiene correlación con lo feroz —dijo Épsilon serenamente. Ustedes, los Escépticos, ganaron porque están locos. La fiebre aumenta el coraje.

La guardia de honor eructó con desprecio ante este comentario; sus gases carmesíes explotaron en el aire brillante. Si Épsilon seguía así, lo empalarían ni bien Lambda les diera la espalda.

Mejor calmarlos; Lambda ya había visto suficiente salvajismo insensato.

—¿Nosotros, impulsados por una fe demencial? —Lambda levantó los cuatro brazos para aquietar a los guardias, que ya se habían formado en cuadro, listos para perforar a Épsilon por todos lados—. Pero debemos demostrar que estamos en lo cierto.

—¡Los ciegos nada ven!

—Épsilon hizo esta última y amarga declaración y, abruptamente, tropezó hacia adelante.

Se estrelló contra el suelo.

Jadeó.

—¡Atrás! —Algunos guardias se habían lanzado sobre él, temiendo una trampa. Lambda se agachó y tomó la cabeza de Épsilon. Desde el cuello ascendían corrientes de desgaste de energía, un olor fétido. Las ranuras de respiración de Épsilon estaban blancas, superadas por el calor y el agotamiento.

El panorama de este viejo adversario, ahora reducido a tan poco, lo henchía de orgullo y a la vez le provocaba un sentimiento atenuante de lástima.

Lambda gorjeó:

—Tu tarea está terminada. Abandona la lucha cuando ésta deja de tener sentido. ¿Lo recuerdas? Porque, claro, este era un comentario que el propio Épsilon había hecho en una conferencia, hacía mucho tiempo, cuando Lambda recién comenzaba a sentir la fuerza de sus propias ideas sin dejar de comprender la sabiduría de los ancianos. Quizás aún la comprendía. Pero la edad y el peso del tiempo no constituían un argumento válido. Sólo la razón, auxiliada por el conocimiento del mundo, lo era. Por más grosero que fuera su sarcasmo...

Condujo a Épsilon colina arriba, a los terraplenes de la sierra de picos irregulares que las tropas de Lambda habían defendido tan bien. Ni un solo Doctrinario había logrado llegar al escarpado labio de roca pálida. Sus cuerpos rotos estaban regados por las laderas. Allí, Lambda le dio ropa y le permitió una pausa para descansar. El aire

se sentía ligero entre las piedras inclinadas, formando cremosas lagunas condensadas de calma estratificada.

Épsilon extendió sus mullidos pies y bebió de la Madre. El Mundo los alimentaba a todos; sus energías atemporales manaban con rebosante plenitud. Lo que la Raza no usaba, ni las criaturas salvajes aprovechaban, ascendía en forma de espigadas irradiaciones hacia la Bóveda de arriba.

Épsilon tuvo un escalofrío de éxtasis mientras se cargaban sus baterías.

—No te has olvidado de la bondad.

—De ti aprendí algo más que

falsa Fysika.

—¿Crees que la herejía es mera Fysika? —El famoso brillo pétreo se encendió en los ojos penetrantes de Épsilon—. ¡Tú serías capaz de destruir la unidad del Mundo!

—Si en el Todo hay algo más

que el Mundo, ¿no deberíamos co

nocerlo?

—El Todo es el Mundo.

—Una hipótesis.

Con esfuerzo, Épsilon se levantó, despegando dolorosamente las plantas de la resplandeciente roca-sol.

—¡Una verdad! La Unidad dio a luz Su Creación...

—Lo que sea que eso signifique, precisamente...

—...con la única geometría que la naturaleza ensalza. Tú, con esas ideas estériles, vas a desquiciar todo el orden que nuestra Raza se esforzó tanto en construir. Vivimos exacta y claramente según los principios del Camino Recto y del Camino Trans

versal; los imperativos mora

les...

—Ahórrame la invocación a la

plegaria. Tengo cosas que hacer.

Lambda empujó a Épsilon hacia atrás, no sin delicadeza, para que el agotado pudiera absorber más de las energías que restallaban a lo ancho de la roca-

sol. La irradiación ascendía como una flecha resplandeciente, para pintar las nubes oscuras de la Bóveda eterna. Épsilon entrechocó las patas en señal de protesta, pero finalmente se dejó caer con agradecida tristeza.

Las batallas rara vez arrojan resultados impecables. La victoria había llegado con tanta premura como una marcha en sentido Recto, impetuosa y alegre. Su consecuencia era como llevar una pesada carga colina arriba y en sentido Transversal.

Lambda pasó mucho tiempo resolviendo detalles: los heridos, la cacería del enemigo, los criterios a aplicar con los prisioneros. Por todas partes, las tropas lo vitoreaban. Cuando Lambda pasaba, muchos asesinaban Doctrinarios para rendirle tributo. La sangre de intenso color azul siseaba en la roca-sol. Los cuerpos se contraían, las piernas se sacudían por última vez. Lambda tenía que fingir que disfrutaba de todo eso.

Sin embargo, el fervor y el vivificante aroma de la victoria ejercían sus efectos. Con este último giro del destino, Lambda sentía el poder de sus convicciones. Ahora, con Épsilon bajo custodia y los Doctrinarios dispersados, se renovaba el anhelo de hacer realidad la demostración final de su revelación. El experimento lo llamaba.

Cuando Lambda retornó al risco, la Bóveda se había puesto oscura. Ascendiendo por su escarpado declive, luchando contra el espesamiento Transversal del aire que había mantenido a la Raza mentalmente unida durante toda la historia, Lambda sintió un temblor. Al principio, le pareció una simple ondulación en la viscosidad del espacio. Luego, las cosas empeoraron. Lambda resbaló, cayó.

El suelo se sacudió. Lambda ascendió gateando —las tropas no debían ver al Profeta desparramado en el suelo, con las piernas abiertas— y luego se irguió sobre sus miembros vacilantes. Enderezó las rodillas, asumiendo la postura apropiada gracias a la intensa práctica previa.

Temblores. La roca se partía, los vapores se elevaban a borbotones. Placas de masa verde convertidas en velos de telaraña. La roca-sol humeaba, exhalando momentáneos rizos espumosos. La masa estallaba, se convertía en rocío y oleaba. Se hizo menos densa, de granos finos e hirvientes, encerrando a Lambda en su halo. De algún modo, el rocío captó y, por un instante, reflejó su cuerpo angular en la bruma, como si el Profeta estuviese allí y también revoloteando por los alrededores y fundiéndose con ellos, entremezclado con rayos sesgados, para luego desaparecer entre miasmas refractivas.

Las montañas eran las que más sufrían los enderezamientos, según sabía Lambda. A medida que la geometría del Camino Recto se alteraba, perdiendo curvatura a medida que el Todo se expandía, la corteza del Mundo se desplazaba. Las grietas eructaban caliente Aqua Vita, cuyos ardientes riachuelos traían dolor y muerte a los desprevenidos.

Hasta en el desastre acechaba el conocimiento. Estos terremotos eran el gran indicio que había conducido a Lambda hasta la Profecía.

Las cumbres se hicieron peda

zos, los cañones se hundieron. La inevitable evolución del universo continuó su curso, indiferente a las amargas batallas y las angustiosas muertes de sus diminutos habitantes. Lambda reflexionó sobre esto, sumido en una momentánea meditación. Para los Doctrinarios, tales enderezamientos no eran más que efectos del clima, insignificantes.

Para Lambda, sacudido por un temblor durante un aterrador momento durante su estadía en el Collegium, lo que avalaban esos extraviados eran abstracciones arteras que le daban a la geometría una realidad muscular. Una verdad sólida construida sobre terremotos.

Pasó. Lambda y su escolta continuaron sus labores. La lucha contra las inercias Transversales provocaba una punzante fatiga en las articulaciones de Lambda, pero un Profeta debía mantener una postura de estoica indiferencia. La Raza común podía evitar las tensiones compactadas que el espacio imponía a quien se moviera por la Transversal por medio de astutas fintas o dejándose resbalar por las pendientes con ayuda de la gravedad.

Los suboficiales se apresuraron a ofrecer su colaboración.

Por dignidad, Lambda estaba impedido de aceptar el más leve auxilio. Resolló y empalideció, al tiempo que superaba el último riesgo.

La guardia especial que había dejado para proteger a Épsilon dio un paso atrás al ver Lambda se aproximaba. Las armas de cuatro brazos dispararon al aire para saludarlo. Más vítores, que a estas alturas no hacían más que agotar a Lambda. Los matemáticos no sentían inclinación por el incesante agobio del liderazgo.

Épsilon estaba todavía echado, pálido e indiferente, pero visiblemente mejor. Lambda estaba complacido y dejó que Épsilon se embebiera de más irradiación del Mundo.

Un suboficial se acercó tímidamente mientras Lambda contemplaba la llanura de abajo, donde los caprichosos fuegos y la acostumbrada tortura a los vencidos se propagaban aceleradamente. Lambda les mandó la orden de detenerse y se dio vuelta para recibir un nuevo mensaje, el que más anhelaba.

—El Aqua Vita se agita, oh

Profeta —dijo el suboficial.

—¿Está lista la gran bolsa?

—Con doble capa, como tú ordenaste.

—Prepárense para el lanza

miento.

—Sí, Profeta. El piloto, Eta,
cree que esta vez el experimento
puede funcionar.

—Lo mismo creyó Eta la vez
anterior.

El suboficial hizo una pausa. El personal de Lambda, estólido y confiable, nunca sabía muy bien cómo tomar esos cambios de humor y esas ironías. Bastante comprensible; ninguno era, en el fondo, un matemático.

Este suboficial optó por la típica evasiva, ignorando lo que Lambda pudiera implicar.

—Eta desea ir solo, puesto que hay peligro y...

—No. Yo iré con Eta. Y un pasa
jero, además.

Los suboficiales se inquieta-
ron, alarmados.

—¡Pero Profeta! ¡Tu persona no debe ser...!

—¡Cállense! —ordenó Lambda—. Dedíquense a la celebración de la victoria. Yo iré a la caldera.

Un oficial que se destacaba por sus dotes diplomáticas avanzó ruidosa y apresuradamente y aventuró:

—Pero... ¡No debes

hacerlo! Eres demasiado importante, incluso para tan sagrada misión. El peligro...

—Silencio. Deseo ver confirmadas nuestras ideas con mis propios ojos... y ser el primero en verlo.

Lambda se alejó de ellos a paso firme, con una impetuosa sensación de realización. Derrotar a los Doctrinarios en un majestuoso esfuerzo y, en el mismo momento, llevar a cabo el gran experimento... que coronaría una vida dedicada al servicio de la verdad. Sí, hacerlo. Y el golpe final sería forzar a los villanos vencidos a ser testigos, con sus propios ojos, de la derrota de las ideas antiguas. Sí, sí.

Los soldados obligaron a Épsilon a levantarse... Cansado, herido, miró a Lambda con incredulidad.

—Tú... ¿vas a hacerlo? ¡Llévame!

—Ven. Soy un empírico. Te
demostraré cuán fútiles son tus
ideas.

Un solo gesto y los guardias rodearon a Épsilon; todos siguieron a Lambda, que comenzó a avanzar por el jubiloso campamento. En cada senda y en cada colina, las tropas vitoreaban vigorosamente a su Profeta. Las fogatas llameaban, cocinando abundantes banquetes. Los soldados blandían sus lanzadores de tres manos apuntando a Épsilon, proferían maldiciones. Uno se precipitó hacia Épsilon con una multi-maza, con los ojos de lunático

rebotando de odio, y los guardias
tuvieron que golpearlo.

Emergieron en el borde de la gran caldera. Épsilon se quedó sin aliento al ver las turbias lenguas de calor blanco que se debatían debajo.

—Yo... nunca la vi tan...

—Precisamente. Ocupamos estas sierras porque sabíamos que el Aqua Vita tenía que brotar de aquí.

—Ya se me había ocurrido. ¡Pero tanta ferocidad!

—Nuestra causa esperaba esta oportunidad. Esta Aqua Vita es la mayor fuente de energía que podemos reunir. La única esperanza de demostrar nuestros dogmas.

—Tus retorcidas nociones,
querrás decir.

—Confundes naturaleza con verdad. —Tal como Lambda había aprendido hacía mucho tiempo, Épsilon nunca se daba por vencido en una discusión abstracta. El Mundo dilataba los objetos en sentido Recto, los comprimía en sentido Transversal. Las cosas con libertad de movimiento se orientaban naturalmente en sentido Recto. Toda la filosofía había visto en eso un orden natural. El orden moral derivaba de esa dilatación, de esa desventaja del sentido Transversal. Sin embargo, Lambda se había dado cuenta de que la Gran Lección no existía. Era geometría. Un argumento audaz, abstracto, pero... ¿cómo demostrarlo? Sólo sumergiéndose en el Mundo... y abandonándolo.

La humeante caldera bostezó
como una enorme boca, abriéndose
con ira hacia el cielo ardiente.

Las furibundas pústulas de abajo eructaban gases. Las energías del lugar provenían de lo profundo de las entrañas del Mundo. Alrededor del borde, los poderes

de la Madre bailaban formando cintas, se ampollaban cuando reventaban las burbujas. Los mesones barboteaban, manchando el aire con sus mensajes de agonía.

El Aqua Vita era la materia prima que daba origen a las rocas-sol, alimentando a la Raza de la Madre y al pletórico y verde Mundo entero. Ahora crecía un profundo y grave murmullo de escoria y rescoldos ardientes enfurecidos, hablando con voces acústicas que surgían de debajo de sus pies. Ascendieron con dificultad, avanzando Transversalmente, con gran esfuerzo, hacia el inestable globo posado en el labio del gran abismo humeante. El experimento colgaba del borde más bajo de la caldera, sobre un suave labio de cerámica recientemente formado al enfriarse el Aqua Vita.

Por encima del horizonte lleno de vapores, Lambda veía los bordes aserrados de los riscos superiores, el cráter extendiéndose por la Recta, a lo largo de los riscos. La bolsa de gas, cuidadosamente cosida y aislada, se bamboleaba con los vientos aullantes, aparentemente lista, por fin, para remontarse en las corrientes de aire ascendentes y desaparecer en el cielo jaspeado, enloquecido por ventarrones furiosos, atezados.

Eta corrió a su encuentro.

—¡La Vita circula más de lo que jamás he visto!

—Excelente.—Lambda aguijo

neó a Épsilon para que avanzara.

Eta reculó al ver a Épsilon, jadeó, pero por respeto no dijo nada. A través del aire lleno de grumos, se oyeron unos sonidos pesados, profundos.

La dotación de tierra también estaba perpleja; hicieron una pausa durante un crudo momento y luego volvieron a los preparativos. Los cabrestantes chirriaron y la góndola con forma de caja se separó del piso, mientras la bolsa pujaba por ascender.

Por encima del susurro del Aqua Vita, Eta gritó:

—No estoy seguro de poder controlar la nave con tanta turbulencia. Quizás, oh Profeta, si ascendiera primero yo solo...

—¡No! Lo veré. Ahora.

Las pesas y cabrestantes que mantenían en tierra a la enorme y emparchada bolsa apenas alcanzaban. Los cables gruñían para mantenerla abajo, mientras el calor de la caldera hacía que el globo se dilatara visiblemente, como un órgano inmenso e hinchado digiriendo un festín.

Lambda escudriñó la vasta curvatura del globo, orgulloso de su logro. Las prolongadas labores y la diestra mano de obra le habían dado forma: aislamiento y amortiguación intrincadamente entretejidas, para permitir que se elevara sin reventar por las costuras ni rasgarse en la superficie. El suyo sería un viaje épico memorable, atravesaran la Bóveda o no. Pero la atravesarían... debían hacerlo. Para coronar esta victoria con otra victoria mayor, en un solo...

Lambda no vio el dardo que golpeó su caparazón. Sintió la mordedura de un dolor penetrante, intenso... y cayó, rodando indefenso. Para cuando logró detenerse, los atacantes estaban a medio camino del labio rocoso.

Doctrinarios. Una banda com

pacta, corriendo a paso corto. Un dardo zumbó por encima de Lambda y por poco acertó en Eta.

—¡Una emboscada! —exclamó

Eta—. Si escapamos...

—¡No escaparemos! —gritó Lambda—. Ese Épsilon... ¿Dónde está el reo?

Silenciosamente, Épsilon había rodeado la góndola. Lambda corrió pendiente arriba, mientras Eta disparaba dos rápidos proyectiles a los Doctrinarios.

La dotación de tierra, que había quedado paralizada, comenzó a soltar los cabrestantes de los cables del globo. La góndola crujió y se elevó un poco más.

Épsilon era viejo, lento. Lambda aferró a Épsilon y lo estrelló contra el áspero entramado de la góndola.

—¿Tienes implantado un rastreador, verdad?

Épsilon respondió mansamente.

—Por supuesto.

—Para que un comando sui

cida...

—...pudiera detener este loco

intento. Quizás incluso detener

al omnisciente Profeta.

Lambda se maldijo por no haberse detenido a pensar cuál era el motivo de que Épsilon se hubiera dejado capturar. Un pequeño grupo comando, escondido aquí, en los pliegues sulfurosos, listo para dar el zarpazo cuando el experimento estuviera cerca de su culminación. Alertados por las instrucciones de Épsilon, que había fingido fatiga.

La victoria había cegado al victorioso.

Épsilon dijo, rápidamente:

—Ríndete ahora y te perdonaré la vida. Desiste...

—¡Cállate! —Lambda disparó contra los Doctrinarios con la honda manual, más para ganar tiempo que para infligirles heridas. En realidad, nunca había aprendido a dominar las artes de la violencia. Una lanza cortó uno de los cables de la góndola. La sogas deshilachada reventó y la góndola se sacudió y quedó inclinada. Los Doctrinarios se estaban acercando velozmente. Unos pocos disparos de honda del personal de tierra eran lo único que detenía su esforzado ascenso por la pendiente rocosa. Ampliamente superados en número, Eta, Lambda y la aterrada dotación de tierra no podían contener el ataque.

Lambda se inclinó, envolvió
con sus brazos a su enemigo y
gruñó:

—¡Adentro!

Lambda arrojó a Épsilon al interior de la góndola; luego lo siguió.

—¡Eta, ven!

Eta se introdujo torpemente. Un sibilante dardo Doctrinario cortó otro cable. La góndola emitía ruidos sordos cuando los proyectiles hacían impacto contra los laterales. Eta preparó los poquísimos instrumentos del interior, gritando órdenes a la dotación de tierra.

—¡Suéltenla!

Los cables se soltaron. El globo se precipitó hacia el cielo y la aceleración aplastó a sus tres ocupantes contra el piso de la góndola. Los proyectiles se estrellaban contra la parte inferior, sacudiendo el piso bajo los pies de Lambda. Crudos vientos los azotaban por todas partes.

Los Doctrinarios de abajo menguaron su ataque. Al ver que el globo se elevaba, su furia se transformó en locura. Se precipitaron sobre la dotación de tierra y Lambda tuvo que apartar la vista.

Después, silencio. Repentina calma, mientras se lanzaban hacia el cielo entre los vientos punzantes.

—¡Traicionaste mi clemencia! —gritó Lambda.

Épsilon estaba extrañamente
tranquilo.

—Hice mi última jugada. Por desgracia, fracasó.

A Lambda no se le ocurrió nada más que decir. Épsilon estaba de pie en la estrecha góndola, estólido, escudriñando hacia afuera.

Eta dijo:

—Estamos en una termal rápida. Creo que podemos compensar los cables cortados con las pesas. Después, si...

—Hazlo.

Tiempo para concentrarse. Lambda había aprendido a eliminar de su mente los incidentes más perturbadores para poder concentrarse en el presente.

Miró hacia abajo. Nunca había visto una violencia tan fogosa como la de los lívidos ríos de abajo. Burbujas anaranjadas que explotaban, transformándose en un rojo rocío ascendente. Quarks que borboteaban, surgidos de la furia bajo tierra. Llamadas bífidas que ascendían hacia ellos, como lenguas de bocas enajenadas. El viento rugiente, seco, aterrador incluso para una mente preparada.

Eta estaba ocupado con las pesadas bolsas dispuestas a lo largo de la red de la góndola.

—Quizás pueda orientarla, tratar de remontar una de las corrientes superiores y...

—¡Adelante! __ordenó Lambda.

Si Eta se detenía en los detalles, perderían la oportunidad. El Aqua Vita podía menguar, como a menudo lo hacía. En verdad, a lo largo de la Historia de la Raza, estas hirvientes energías habían ido disminuyendo paulatinamente... otro indicio que había llevado a Lambda a su nueva revelación, la de un Mundo que estaba evolucionando, enderezando su geometría Recta, lo que a su vez sugería espacios aún más grandes más allá de la Bóveda. Espacios de los que el Mundo no era más que una parte...

Lambda miró hacia arriba, hacia el túnel que el calor del Aqua Vita ya había abierto en la Bóveda. El manto perpetuo que colgaba encima del Mundo era plumoso, aletargado, excepto donde lo perforaba la espira de gases calientes. Allí acechaba una bruma jaspeada, oscura. Ya Lambda podía avizorar lo que había más arriba de la humeante caverna de nubes, más lejos de lo que cualquiera de la Raza había visto jamás.

—¡Es una locura hacer esto! —gritó Épsilon por encima del caliente rugido de la caldera—. Pereceremos por el calor. ¡Y sin llegar a nada!

Lambda apretó a Épsilon con

tra los cables de amarre.

—Mira

hacia arriba y serás testigo. Entonces nunca más podrás negarlo. ¡Mira!

Se lanzaron hacia arriba, hacia el lúgubre túnel, una caverna vertical entre nubes incandescentes. La Bóveda era una consecuencia necesaria del eterno calor y de los

voltajes crepitantes, vivificantes, de la Madre... una capa de polvo fino y gas que el flujo de energía de abajo mantenía en el aire.

También era una manta que asfixiaba todo conocimiento de lo que había más arriba. Épsilon y los Doctrinarios sostenían que nada existía más allá de la Bóveda, que ésta era la frontera natural impuesta por el Creador a un Mundo Madre perfectamente cilíndrico. Colgaba como una mortaja, marcando el límite de las dimensiones Transversales: una corona apropiada para la sabiduría de la Raza.

Pero, para demostrar sus poderes, el Creador no había puesto límites en el eje Recto. Allí la distancia era infinita, permitida, claramente señalada por el Creador. La Raza podía viajar en la Recta eternamente, expandiéndose hacia nuevos territorios según sus necesidades o ambiciones. Sólo los inconformistas como Lambda pensaban en desplazarse en el más contrario de los sentidos, peor todavía que el movimiento Transversal: elevarse y atravesar de la Bóveda. Perforar los cielos.

Lambda escupió y observó a las gotitas descender hacia los vientos brutales.

Para Lambda, cuyos cálculos demostraban que la materia misma era un suflé de espacio vacío y furiosas probabilidades, tales creencias antiguas no eran mejores que las cavilaciones de los niños.

—¡Mira el Mundo! —increpó Lambda a Épsilon—. Nadie de la Raza se ha elevado así jamás. Es una nueva perspectiva, ¿no es cierto?

La caldera se extendía debajo

de ellos en toda su extensión. La tierra generosa resplandecía con la eterna irradiación que fluía como un arroyo de energías eléctricas y fotónicas, el alimento de la raza. Exhalaba belleza por todos lados. Los escarpados riscos ya no parecían más que diminutas huellas de pies. Se veían ejércitos completos, cuyas filas semejaban delgadas líneas bordadas.

Épsilon dijo con amargura:

—La eterna maldición caerá sobre ti por esto, por este acto de...

—Lo único eterno es el cambio. El enderezamiento del eje Recto, la merma de Aqua Vita... todo apunta a ello.

—No son más que sucesos pasajeros. El Creador puede organizar nuestro Mundo como quiera.

—Apropiadamente religioso, pero no una teoría.

—¿Teoría? Hablo de la única geometría natural... la cilíndrica. Asimilamos su hermosura en forma directa. Existe eternamente porque es la más perfecta de las formas, expresando al Creador en...

—Eso me contaron cuando era pequeño.—Con un gesto brusco, Lambda apartó a Épsilon a un costado para ver mejor las perspectivas que se extendían más allá de la pequeña góndola. Un áspero calor remolineaba a su alrededor, siseando entre los cables.

Con su mejor voz de pontí

fice, Épsilon devolvió el golpe:

—Seguro que no puedes desafiar a la geometría ideal que percibimos a cada paso que damos, los senderos del Camino Recto y del Camino Transversal.

—Claro que puedo. ¡Mira ha

cia arriba!

Épsilon estiró los cuellos para observar la bolsa que los arrastraba, que ahora fulguraba con un tétrico color rojo debido a los ardientes vientos. Arriba, detrás de la bolsa, no había nada más que una masa gris. Las paredes de la góndola los protegían de los peores efectos del calor, pero Lambda sentía una abrasadora presión en la caparazón. ¿Cuánto podrían soportar esto? ¿Y a dónde los llevarían las afiebradas corrientes? La teoría callaba.

Épsilon dijo:

—No entiendo

lo que quieres demostrar.

—La bolsa. ¡La esfera! Seguramente, es una forma más perfecta.

—¿Perfecta? Es la perfección de lo rudimentario, de lo ingenuo.

—Sin embargo, es el camino hacia el mundo verdadero, el más amplio.

—¡Tonterías! Transversal, Recto: esos dos caminos nos enseñan que cualquier mundo que tenga sentido debe ser cilíndrico.

—Me dejé guiar por las mate

máticas, Épsilon, y no al revés. Construí ecuaciones que demuestran que es posible que el uni

verso favorezca lo esférico.

—¡Ja! ¿Piensas que puedes determinar los alcances de la filosofía matemática tú solo? Yo fui el que te enseñó esa ciencia, ¿recuerdas?

—Y lo hiciste bien... aunque me pusiste obstáculos cuando quise dar el siguiente paso. Yo generalicé tus ecuaciones, encontré soluciones que se aplican a una visión mucho más grandiosa.

En los ojos gemelos de Épsilon se agitaron olas de desprecio.

—¿Tan grandiosa que necesitas subir a la Bóveda aterradora para verla?

—Para demostrarla, sí. Pero está frente al ojo de la mente, si te dignas a echarle un vistazo.

—La Bóveda es sagrada. El

límite del Creador...

—La Bóveda es como el clima.

No es fundamental. Incluso...

El globo viró hacia el costado. Un candente ventarrón los golpeó e hizo trastabillar a Lambda. El viejo Épsilon jadeó y se aferró de la red que sujetaba la góndola al enorme vientre. Entonces Épsilon cayó al suelo. Una parte de Lambda moría por contarle a su maestro de las visiones que estaban encerradas en las ecuaciones formales, secas. Y entonces, por fin, Lambda dejó salir sus sentimientos, sus sueños, en un torrente que no fue menos salvaje que los flagelantes vientos que los envolvían.

Lambda se arrodilló junto a Épsilon y habló rápidamente, casi como en una apología. Lambda habló de un universo dominado por una fuerza aparentemente trivial: la mera gravedad. De ese universo expandiéndose, enfriándose como un gas simple y, sin embargo, flaqueando a medida que crecía.

—¡Como hielo congelándose en un charco! —gritó Lambda cuando vio que Épsilon no parecía conmoverse. El hielo nunca era liso, porque contenía pequeños canales y capas superpuestas más densas que crecían al dilatarse el espaciotiempo. Todo error y mal alineamiento quedaba comprimido dentro de un perímetro pequeño. Pliegues compactados en el espaciotiempo, revoltijos de topología que se alisaban a medida que se expandían.

—El enderezamiento, ¿no ves? —gritó Lambda.

—Con el correr del tiempo, nuestra geometría se está volviendo casi perfecta —respondió Épsilon con rigidez—. La Recta disminuye su ya muy leve curvatura. Si los

temblores originan montañas y terremotos, que así sea. Es la voluntad del Creador, no de tus ecuaciones.

Por lo tanto, Lambda habló de cuerdas que se expandían con la integridad del Todo, haciéndose más largas y más grandes a medida que crecían junto al reino mayor, el espaciotiempo curvo que se extendía a lo ancho del Todo, cohesionándolo.

—¡Por eso tenemos esta geometría! El cilindro es una soga que mantiene unido al Todo, una banda que cruza la simetría esférica que subyace a nuestro Mundo!

Lambda terminó de hablar, jadeando. En sus oídos, el aullido del viento parecía mofarse de él, mientras una arruga se dibujaba entre los ojos de Épsilon.

Finalmente, Épsilon dijo:

—¿Nos convertirías en habitantes de una cuerda? Cuando Lambda oyó que esa voz antes amada, antes temida, ahora albergaba tanto desprecio latente, ácido, supo que Épsilon estaba más allá de su alcance.

La revelación de Lambda era grandiosa: ser parte de algo esférico, perfecto e inmensamente más grande que los límites impuestos por la Bóveda hirviente y oscura.

Y, sin embargo, lo único que Épsilon veía en eso era una Raza que correteaba de aquí para allá, confinada en una hebra de un tapiz que convertía a la Raza en algo insignificante.

Lambda había temido ese fracaso. Lo que no había anticipado era el golpe que Épsilon le lanzó a la caparazón.

—¡No lograrás dar vida a esto! Épsilon golpeó fuertemente a Lambda. Se le desprendió una antena.

Azorado, Lambda cayó contra un aparejo. Eta se apresuró a ayudarlo. Épsilon lo soltó y comenzó a forcejear con la red que sostenía la góndola.

—Ya verás. ¡Terminaré con esto! —Épsilon trepó por la parte exterior de la góndola, indiferente a los tórridos vientos que pasaban rugiendo, chamuscándole los órganos sensitivos.

Eta dijo:

—Dejémoslo ir. De todas formas, acabará por caerse solo.

—No. No podemos contar con eso. —Lambda vio cuál era su plan. Si Épsilon alcanzaba el globo, con un solo corte podía ponerle fin a la expedición. Fin a sus vidas. Lambda subió. Se aferró de la red con todas las piernas y luchó contra el balanceo de la góndola. Se estaban elevando por la torre abierta por el calor; las tormentosas nubes remolineaban muy cerca... ahora más cerca. Sin embargo, más arriba no se veía nada salvo la masa oscura.

—¡No lo hagas! —Lambda no tenía esperanzas de disuadir a Épsilon, pero podía distraer al enemigo, entorpecerlo...

Las piernas que le arrojaban puntapiés desde arriba hicieron una pausa por un momento y Épsilon respondió:

—¡No te veré partir en dos al
mismísimo cielo... para regresar
con conocimientos falsos!

—¡Morirás por nada!

—No, tú morirás por nada. Yo moriré por mis convicciones.

—Tú me enseñaste a estudiar,
a aprender del mundo...

—Acabaré mis días muy feliz,
sabiendo que he peleado para de
fender al Creador.

—Tal vez el Creador no nece
sita de tu ayuda.

Lambda casi había alcanzado a Épsilon. En el aire que lo rodeaba surgían oleadas de calor que lanzaban puntiagudos cuchillos contra su caparazón. Aspiró el aire enrarecido. La Bóveda era granulosa; sus magros vapores lo raspaban. Lambda trepó aún más rápido.

Pero Épsilon estaba en su embestida final contra la parte inferior de globo refulgente. Se colgó de la red y desplegó su miembro proyector. Estaba viejo y oxidado, pero tenía la punta afilada. Suficiente para hacer un tajo en el globo.

Mientras Épsilon seguía subiendo con esfuerzo, Lambda vio cómo destellaba esa punta. Centelleaba, prometiendo la muerte con un solo golpe. Lambda se lanzó hacia arriba, apresurándose para tratar de aferrar las piernas de Épsilon y apartarlas de la red. Ahora no habría piedad. Arrojaría a este enemigo al rocío; lo observaría caer, rumbo a la muerte brutal que lo aguardaba allá abajo.

Recién entonces, Lambda advirtió que el polvoriento remolino de la Bóveda se estaba dispersando. A su alrededor, las nubes se pusieron pálidas. Se dejaron ver unos andrajosos parches de oscuridad. Después, toda la mortaja comenzó a rasgarse y Lambda vio que volaban por encima de una planicie amplia, de color marfil.

Una planicie... y después un plano, una lisa superficie matemática. No hecha de sustancia, sino de vapor y sombras. La cima de la Bóveda.

Las nubes grumosas se disipaban. A lo largo de la Recta, la bóveda se ahusaba hasta el infinito, angostándose hasta formar una cinta que se arqueaba hacia arriba y se alejaba. Apenas se percibía su curvatura antes de que se perdiera en la negrura. Y en la Transversal, la Bóveda se curvaba escarpadamente, terminando en una nada negra como la tinta. Alcances sombríos, inimaginablemente inmensos...

La mente de Lambda se sacudió al ver lo que esto implicaba. Un abismo de nada, un espacio totalmente vacío y sin sentido, rodeándolo todo...

¿Este era el resultado de sus ecuaciones? ¿Que el Mundo era una grieta en la nada? No... no podía existir semejante vacío. Una frontera que separara dos aburridas vacuidades no tendría propósito, ni belleza, ni grandiosidad, ni diseño.

Épsilon lanzó un alarido. La angustia del grito estremeció a Lambda, pero Lambda estaba concentrado, escudriñando la negra nada, esforzándose por comprender. Entonces fue recompensado.

Vio.

La dura negrura había sor-

prendido a Lambda. Lo que atestiguó a continuación le hizo

sentir una puñalada de terror.

Unas... cosas... que estaban ahí, suspendidas en huecos sombríos.

Se escuchó un segundo alarido de Épsilon, más desesperado, amargo y penetrante, que sobresaltó a Lambda... mezcla de miedo furia, y finalmente de atormentada desesperación. Un aullido de absoluta finalidad, porque el anciano científico sentía que la cómoda tela de sus creencias se estaba desgarrando. Épsilon gimíó. Todavía tomado de la red, se dio vuelta para contemplar la enormidad que los rodeaba y su grito lastimero se convirtió en chillido.

Lambda vio entonces por qué Épsilon se había opuesto tan enérgicamente a la Profecía. Por un terrible miedo, por un terror pánico a encontrarse con un abismo exactamente igual a este. Demasiado grande de contemplar, incluso a través de las etéreas abstracciones de las matemáticas.

Y entonces Épsilon se soltó.

Cayó con las piernas abiertas.

Por un momento, casi pareció que por fin se sentía liberado, volando hacia la cómoda cubierta de nubes que se había cerrado debajo del globo que no cesaba de subir. Después, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció.

Lambda podría haber soportado la negrura vacía y dura que había aterrado a Épsilon. En realidad, muchas veces había reflexionado sobre tales alcances.

Lo que no podía desentrañar eran los puntos brillantes que moraban allí.

Lambda necesitó reunir todas sus fuerzas para permanecer sujeto a la red. Para permanecer sujeto a sus convicciones y no seguir a Épsilon en su largo giro descendente. Por algún motivo, nunca se le había ocurrido que el Mundo podía ser una simple cosita en un universo repleto de otras presencias. Un cielo salpicado de refulgentes esferas de energías actínicas, frágiles puntos de luz completamente alienígena.

Los más cercanos y brillantes

eran discos redondos. La esfericidad lo dominaba

todo, en todos lados, en todo su

esplendor. Arriba, las estrellas se

acercaban. Y Lambda vio que las esferas imperaban en este vasto espacio... que eran las gobernantes de este universo, reduciendo al Mundo de Lambda a la condición de simple línea divisoria, rodaja de la nada, a medida que el espaciotiempo se expandía.

El gemido de Lambda fue dife

rente al de Épsilon. Aunque Lambda gritara, en estado de shock y de extraño éxtasis, igual se sentía triunfante. Un toque final de autoconocimiento, mezclado con dolor y orgullo... porque él había buscado y encontrado esta grandeza, esta enormidad, y por lo tanto era, ahora y para siempre, parte de ella.

El Mundo Madre era una simple

anotación al margen, una imper

fección.

Era una cuerda. Cósmica, pero

no más que una cuerda.

FIN